

Juan de Juan

Qué duro es esto

Los últimos 324 días de la vida
de Francisco Franco

Negro septiembre

Los nubarrones se ciernen sobre Franco, pero el general parece dispuesto a luchar contra ella mediante el sistema de mantención y no enmendalla. A principios de septiembre, el Giralda, yate de don Juan de Borbón, toca puerto en Palma, oficialmente para repostar. Aún así, don Juan visita a su hija la duquesa de Badajoz en Magaluz y cena con sus hijos, los príncipes, en Marivent. Pero todo eso ocurre después de que la guardia civil hubiera impedido al Borbón bajar del barco y pisar tierra española, hasta que el mismísimo Juan Carlos tuvo que mediar para ablandarlos.

Pocas horas después, el general Franco, de nuevo ante una delegación de alféreces provisionales, demuestra que el perruno discurso de días antes no fue casualidad. Les dice: «España se encuentra en medio de un mundo atormentado por peligros, incluso más grandes que los que nos amenazaban en 1936».

El día 4, nueva redada, en la que caen 36 supuestos miembros del FRAP. Casi al mismo tiempo, en El Havre, en Zurich y en Toulouse hay manifestaciones ante los consulados españoles, como protesta por las condenas a muerte de Garmendia y Otaegui.

Inasequible a las críticas, el 11 de septiembre, el particular 11-S del año 75, da comienzo en el establecimiento militar de El Goloso el consejo de guerra contra cinco presuntos miembros del FRAP, acusados del asesinato del policía Lucio Rodríguez Marín, el 14 de julio pasado. Los procesados son Pablo Mayoral Rueda, Manuel Antonio Blanco Chivite, José Humberto Francisco Baena Alonso, Vladimiro Fernández Tovar y Fernando Sierra Marco. El fiscal pide para los cinco la pena de muerte.

A las 9 y 20 de la mañana del 12, el tribunal se reúne en sesión secreta para deliberar. A las cuatro de la tarde, dicta sentencia, condenando a muerte a Blanco Chivite, Baena Alonso y Fernández Tovar, por el delito consumado de insulto de obra a la Fuerza Armada, con el agravante de premeditación conocida y ejecutar el hecho más de dos personas, con resultado de muerte. Mayoral Rueda es condenado a 30 años de reclusión mayor y Sierra Marco a 25 años.

El día 14, el policía Juan Ruiz Muñoz muere acribillado en Barcelona.

El día 17, en el acuartelamiento de la Brigada Acorazada número XII, en las afueras de Madrid, comienza el consejo de guerra contra el estudiante Manuel Cañaveras de Gracia, la también estudiante María Jesús Dasca Penelas, el soldador Ramón García Sanz, el estudiante José Luis Sánchez-Bravo, José Fonfría y la enfermera Concepción Tristán López, todos ellos del FRAP y acusados de matar al guardia civil Antonio Pose. El fiscal pide cinco penas de muerte y una de treinta años. Esta vez, el tribunal va más rápido. A las 8,20 horas del día 18 comunica la sentencia, por la que se condena a muerte a Concepción Tristán, María Jesús Dasca, José Luis Sánchez-Bravo, Ramón García Sanz y Manuel Cañaveras. José Fonfría es condenado a veinte años de reclusión.

Ese mismo día, por la tarde, la Conferencia Episcopal, no sin condenar la violencia terrorista, ruega a Franco el indulto para los condenados a muerte. El gobierno se reúne ya en aquellas horas, informalmente, para preparar una futura reunión más formal. El día 19, se celebra el consejo de guerra contra el militante de ETA Juan Paredes Manot, alias Txiki, acusado de la muerte del policía armado Ovidio Díaz López, perpetrado el 6 de julio. El fiscal solicita la pena de muerte. A las cinco de la mañana del día 20, el abogado de Paredes, Marc Palmes, ya sabía que la sentencia confirmaba dicha pena.

El día 21, una multitud estimada en 20.000 personas se manifiesta en París contra las condenas a muertes. Miembros del Partido Comunista Francés van al frente de la marcha, que termina a leches con la pasma. En Venecia, las turbas incendian la agencia de Viajes Meliá. En Toulouse y París, sendas agencias de Banesto son arrasadas. El Papa Pablo VI, en audiencia pública, pide clemencia para los condenados.

El día 22, una delegación francesa, presidida por el conocidísimo actor Yves Montand, llega a Madrid para hacer entrega de un documento sobre las condenas a muerte, documento que han firmado personas como André Malraux, Pierre Mendes-France, Louis Aragon, Jean-Paul Sartre o François Jacob.. Además de Montand, forman parte de la misma el director de cine Costa Gavras, el profesor Miguel Foucault, los periodistas Jean Lacouture y Claude Mauriac, el escritor Régis Debray y el sacerdote dominico padre André Jean Marie Ladouze. Intentan convocar una rueda de prensa en la plaza de España, pero la policía lo impide. A las diez de la noche, les ponen en un avión a París y los mandan a freír gárgaras.

El día 23, el ministro secretario general del Movimiento, José Solís, anula una visita que tenía prevista a Berlín. Es el primer síntoma de que al menos alguna de las once condenas a muerte sentenciadas va a ser cumplida.

El día 24, tanto el capitán general de Madrid, Ángel Campano, como el de Barcelona, Salvador Bañuls, emiten el correspondiente dictamen sobre las sentencias relativas a los asesinos de Antonio Pose y Ovidio Díaz. Pero falta el trámite final: que el gobierno se dé por enterado de las sentencias. En ese momento, hay dos Españas: la que cree que Franco será magnánimo, y la que cree, o teme, que no le temblará la mano, a pesar del Parkinson. El 25, el Parlamento Europeo, el gobierno de la RFA y, un día después, el embajador italiano en Madrid como representante de la Comunidad Económica Europea, solicitan clemencia para los condenados. El Papa ya lo ha hecho en su alocución de los domingos del día 21, en la que deplora la violencia terrorista pero pide que sus actos sean «redimidos por una justicia que sepa afirmarse magnánimamente en la clemencia»

La decisión fue de Franco. Cualquiera que sepa dos palabras sobre el franquismo, y muy especialmente sobre aquel tardofranquismo, sabe que en el gobierno Arias no había ni un solo ministro capaz de proponer nada antes de que Franco hablase, ni de llevarle la contraria una vez que lo hubiera hecho. El gobierno español habría avalado un indulto total, como habría avalado que los terroristas fuesen quemados vivos en la Plaza Mayor, si ése hubiera sido el

dictamen del Caudillo. Quizá por eso, el crítico consejo de ministros del 27 de septiembre es hasta corto: dos horas y media. No son ni las dos y los coches oficiales ya salen de El Pardo camino de Madrid y de la ignominia histórica.

A las 18,35 de la tarde, el ministro de Información y Turismo, León Herrera, informa en una atestada sala de su ministerio de la decisión del gobierno, que es:

- Darse por enterado de la condena a muerte de Ángel Otaegui Echevarría, José Humberto-Francisco Baena Alonso, Ramón García Sanz, José Luis Sánchez-Bravo Sollas y Juan Pareces Manot.
- Ejercer la gracia del indulto a favor de José Antonio Garmendia Artola, Manuel Blanco Chivite, Vladimiro Fernández Tovar, Concepción Tristán López, María Jesús Dasca Penelas y Manuel Cañaveras de Gracia.

Como es lógico, se monta la de Dios es Cristo y vive en el Cielo.

Casi simultáneamente al anuncio del gobierno, un centenar de personas manifiesta en la embajada española en Bruselas y penetra en la misma. En Madrid, numerosos abogados, entre los que se encuentran el ex ministro Joaquín Ruíz Jiménez, el socialista Enrique Tierno Galván y otros famosos juristas de la oposición como Jaime Cortezo, Joaquín Satrustegui y Jaime Miralles, se parapetan en el Colegio de Abogados para demandar un indulto general. La policía rodea la institución. Ruiz Jiménez llama desde dentro al Vaticano. Tierno, por su parte, habla con el canciller alemán Willy Brandt. A las doce, la policía desaloja el local sin incidentes.

Para entonces, en la cárcel de Carabanchel, Sánchez-Bravo, Baena y García Sanz esperan la llegada de la muerte en la madrugada.

Sánchez-Bravo pasará la noche acompañado por su madre y una hermana, además de su mujer, Silvia Carretero Moreno, también presa en la prisión de Yserías y que traen en un furgón expresamente para estar con él. La familia de Baena tiene que llegar de Vigo, traslado que le lleva toda la noche; razón por la cual, al llegar la hora de la ejecución, se les permitirá estar juntos unos minutos adicionales. Por su parte, García Sanz está solo. Es huérfano y su familia más cercana, residente en Tarazona, no llega a tiempo de verlo.

Son tres celdas separadas, sin comunicación entre sí. A las tres y media de la madrugada del día 27, se informa a los reos de que la muerte será por fusilamiento. A los condenados les parece bien; prefieren esa muerte al garrote, siempre tan traicionero.

Ninguno de los tres ha cenado nada. Han pasado la noche fumando un pitillo tras otro. Baena es el único que se ha alimentado algo: dos litros de leche, probablemente para limpiar algo los pulmones. En algún momento, han cantado canciones gallegas.

A las siete y media de la mañana, son llevados al campo de tiro de Matalagraja, en Hoyo de Manzanares.

Preparados. Apunten. Fuego. Pam. Son las nueve y veinte de la mañana. Baena yace muerto en el suelo.

Nueve cuarenta. Pam. García Sanz.

Diez de la mañana. Pam. Sánchez Bravo.

Poco tiempo después, la Capitanía General de la VI región militar informa del fusilamiento de Ángel Otaegui y el de Juan Paredes Manot, Txiki. Otaegui fue fusilado en el penal de Villalón. Pasó la noche con dos sacerdotes, el capellán de la Cruz Roja y el segundo capellán del penal, fumando y hablando con ellos. Nunca mostró depresión o angustia. Txiki, por su parte, pasó la noche con su hermano y sus abogados. Tomó café a raudales.

Otaegui pidió ser fusilado de espaldas. A Paredes lo fusilaron en un bosque cerca de Cerdanyola.

El día 27, los manifestantes arrasan la embajada española en Lisboa y la residencia del embajador. No dejan ni un mueble vivo. Se producen manifestaciones en Atenas, París, Londres, Hong Kong, Estocolmo, Berlín, Copenhague, Ginebra, Utrecht, Burdeos, Hendaya, La Haya. En Utrecht, el propio primer ministro sueco, Olof Palme, encabeza la manifestación. En medio mundo la gente grita contra España y contra Franco. Se asaltan agencias de viajes, oficinas de Iberia, cualquier cosa que sea española. El primer ministro de los Países Bajos invita a su pueblo a manifestarse contra el régimen de Franco. Este país, además de Noruega, Portugal, Alemania Federal, Gran Bretaña y la República Democrática Alemana, retiran sus embajadores de Madrid. El día 28, el presidente de México, Luis Echevarría, solicita en la ONU la expulsión de España.

Con todo, lo que según todas las trazas más daña a Franco, anímica y quizá físicamente, es otra visita. La que realiza un hombre a las cuatro de la mañana, es decir unas cuatro horas antes de las ejecuciones, al despacho del subsecretario de Defensa, Juan José Rovira. Ese visitador es el nuncio del Papa en España, monseñor Dadaglio, que intenta una última gestión por la vida de los condenados.

José Luis Palma Gámiz, que fue cardiólogo de Franco durante su enfermedad, afirma categóricamente en su libro que Franco nunca se le puso al teléfono a Pablo VI por muchas veces que le llamó en aquellas horas. Sin embargo, también insinúa que la cerril oposición vaticana le dañó mucho en lo moral y estuvo presente en los insomnios de aquellos días, que tal vez tuvieron mucho que ver en el empeoramiento de su salud.

El franquismo se defiende. El día 29 llueven octavillas sobre Madrid convocando al pueblo español a una «respuesta patriótica». Galerías Preciados cancela unilateralmente su Semana del Benelux. Y el 1 de octubre se vive la teórica apoteosis del franquismo. Ante una Plaza de Oriente entregada, una plaza en la que la propaganda franquista hace el milagro de los

panes, los peces y los metros cuadrados, metiendo en su interior nada menos que un millón de personas, los españoles, de motu proprio o debidamente organizados para ello, gritan consignas como «España, unida, jamás será vencida», «No queremos apertura, solamente mano dura», «ETA al paredón» y «Muera el comunismo». Se canta, por cierto, el «Que viva España», es decir la misma tonada con la que hoy se celebran los triunfos de La Roja. Grupos de incontrolados, por cierto, le devuelven la pelota a algunos países, llevándose por delante una sucursal del Crédit Lyonnais y otra de Aeromexico.

Aunque no se diga mucho, pasan cosas. Como que a las nueve y media se registran acciones terroristas que producen tres policías muertos y uno herido.

A las doce y media, Franco aparece en el balcón del Palacio Real. Él no lo sabe, pero se está despidiendo de los españoles, y casi de España. Es un anciano tembloroso, vestido de militar, pero que a pesar de su breve y casi destartalada figura, no hace ni cincuenta horas que ha arrojado con la decisión más difícil y cruel que se puede tomar, la misma que toman los terroristas: disponer de la vida de otro ser humano.

Franco levanta ambas manos entrelazadas en gesto de ganador. No las levanta mucho, eso sí, porque ya no puede llegar muy lejos.

En su discurso, se refiere a los actos de barbarie cometidos en el extranjero contra intereses españoles. Su explicación llega cosa de cuarenta años tarde, y es una demostración de que el inmovilismo está ya en él como la Fuerza en Obi Wan Kenobi. Este Yoda involucionista no tiene reparo de afirmar, en pleno 1975, seis años después de que el hombre llegase a la Luna, en plena era psicodélica, siete años después del mayo francés, que «todo obedece a una conspiración masónica-izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social». Lo flipas. Durante los tensos segundos en que, con voz cansada, pronuncia esas palabras, da la impresión de que los últimos cuarenta años no han pasado.

Se canta el Cara al Sol. Cinco veces.

Pocas horas después de la manifestación, una fotografía da la vuelta al mundo. El primer ministro sueco, Olof Palme, acompañado de su titular de Finanzas, Gunar Straen, pide dinero para financiar la oposición franquista en las calles de Estocolmo, con un cartel alusivo colgado del cuello.

El día 5, una bomba estalla bajo un vehículo de la guardia civil, matando a tres miembros e hiriendo a dos. El día 9, el ametrallamiento del cuartel de la policía de La Verneda, en Barcelona, provoca cinco muertos y dos heridos. El día 8, en París, resulta herido en la puerta de su domicilio el agregado militar de la embajada española, capitán Bartolomé García-Plata Valle. Es la primera vez que se atenta contra un militar. El 18 muere el guardia civil Manuel López Trivino, en Zarauz.

Aunque la crónica del final del verano de 1975 debe centrarse en las condenas, cabe anotar que, en ese mismo tiempo, las negociaciones con EEUU siguen

empantanadas. Según se filtra, España ya se ha olvidado de tener silla en la OTAN, pero pide ser compensada por las bases con transferencias militares por valor de 1.500 millones de dólares. Además, entre las transferencias pedidas, se ha incluido el armamento nuclear.